

—No me prediques, que contigo estoy. Marcha.

—Y aun si me dijeran que enfermó de fiebres, de un mal aire, de una de esas enfermedades á que los señores médicos alcanzan y los demás no servimos, quizá lo pensara un poco, pues la distancia es tan grande, ¡tanto!, que tal vez yo mismo no arribara más que para llorarla.

—O para verla sana, ¡caray!

—O para verla sana, Melchor; pero en ningún caso llegaba para serle útil.

—Hablas como un libro...

—¿Pero diciéndome que se consume de amor? ¡Eso dice la tu Josefa, Pascual!

—Eso dice.

—¡Y de amor por mí! Siendo yo la salvación y la medicina, ¿tendría perdón de Dios si la dejase morir...?

—No lo tendrías. Esa es la fija, Joaquín.

—¿Y entonces...?

—Marcha, hombre, marcha, y cuando escribas cuéntanos la boda.

—Es que se muere de pena, ¿sabéis...?

—Sabemos.

—Y de pensarlo nada más, me moriría yo también...

—Pues marcha de una vez.

—Mañana.

Y al decir mañana se echó á llorar.

Y fué que en el alma se le metieron, de golpe y por sorpresa, las andanzas venturosas de un camino que iba de cara hacia el amor y hacia la patria...



## CAPITULO III

### TIERRAS Y MARES

#### I

WAIKATOMI, es decir, oriundo ó natural de la tierra montañesa del Waikato, se llamaba el guía. En su rostro, de negro bronceado, se veían indelebles las huellas que el tatuaje marcara como señal de su noble origen: una serie de líneas grabadas en la frente y en la mejilla izquierda. La derecha, libre de toda marca, denotaba que pertenecía á la rama sagrada de los descendientes de Ngatiroisangio, el primer hombre divino que había pisado el suelo de Nuiiteroin, lo que se llama hoy Nueva Zelanda.

Su estirpe gloriosa no le impedía ser ahora un miserable trabajador. Las guerras, en que los suyos fueron vencidos, y después la invasión inglesa, apropiándose las islas con el nombre modesto de colonias, habían quebrantado su raza y destruído su poderosa línea de guerreros y de jefes maoríes... Ahora no era más que un miserable despojo humano, ganándose el sustento mezquinamente y llevando además sobre sí la miseria de una estirpe inútil...

El y Joaquín caminaban á buen paso, aunque con las naturales precauciones por encontrarse

ya á las orillas del río Waikato, y á una y á otra margen los matorrales cubren grandes extensiones de légamo, en donde el suelo, reblandecido y sin mezcla alguna de toba, cede á la presión más insignificante, y muchos han encontrado una muerte horrible en aquel fango, que va dejando sitio para que el cuerpo se hunda y es implacablemente resbaladizo para impedir que el cuerpo se alce y se salve.

Sin levantar la voz ni detenerse en la marcha, Waikatomi no hizo más que volver un poco la cabeza para que le oyeran mejor.

—Antes de una hora pasaremos por la gran caverna.

—Camina y pasaremos.

—El Espíritu Pálido vela allí por los míos. Si quieres detenerte, verás los sepulcros de los Jefe y leerás su historia, escrita en las piedras con rayas iguales á las que tengo en la frente y en la mejilla.

—No puedo detenerme; camina.

—Desde aquí se ven ya las nubes de fuego que le rodea. El Gran Espíritu de los muertos se enojará si pasamos y no se le rinde homenaje.

—Te engañas, Waikatomi; el fuego sale de la tierra abrasada, y el espíritu de los muertos no está más que en el recuerdo de los vivos.

—¿Tú no crees?

—No.

—Haces mal. El Espíritu te castigará. En una hora podemos llegarnos á invocar su protección para que el viaje nos sea propicio.

—No puedo perder esa hora. Voy muy lejos.

—No me desoigas, Joaquín. Sobre ti vendrá la desgracia.

—Te engañas otra vez. La desgracia no vendrá más que deteniéndome; es preciso que llegue.

—¿Qué te importa, en tantas jornadas, retrasarte unos minutos?

—¿Tú no sabes que voy á buscar el amor...?

—¡Pues que el amor te defienda de la cólera de los dioses...!

Y Waikatomi se echó en tierra y la besó tres veces, pidiéndole perdón al Espíritu Pálido; luego cogió tres piedras, y echándolas en dirección al lugar que la caverna ocupaba, por tres veces lanzó el grito de guerra, repitiendo después la salutación á los dioses: ¡Whakapono! ¡Whakapono! ¡Whakapono!

Creyendo ya calmado el enojo del dios, sonrió tranquilo y corrió á reunirse con Joaquín, que había seguido camino adelante.

—He pedido al Espíritu Pálido que nos perdone. Por mí, te perdonará.

—Gracias.

—El ya sabe que vas en busca del amor.

—Bueno es que lo sepa...

—Pero haces mal en olvidar á los dioses por una mujer.

—Calla y camina.

—Ya callo, Joaquín.

—Pues camina.

Y en silencio caminaron, bendiciendo á la vida al borde del amarillento y escondido légamo que atrae á la muerte...

## II

Tres jornadas más. Habían llegado al llano. Waikatomi encontró pronto quien le alquilara

dos caballos y quien le acompañase hasta la ciudad.

Cuando Joaquín, despidiéndose, le estrechó la mano fuertemente, Waikatomi la llevó á su frente y le dijo:

—Si vuelves, bien venido. Si no vuelves, que la paz sea contigo.

—Gracias...

—Si mis ojos te ven, bendeciré á la luz. Si no te ven más, en el corazón llevaré tu amistad.

—Gracias...

—Y al pasar, entraré en la caverna donde los míos reposan y pediré por ti y por tu amor al Espíritu Pálido.

—Gracias, Waikatomi. Yo tampoco olvidaré tu amistad...

Los caballos, dos animaluchos flacos y raquíticos, pero que semejaban cebras por las pintadas rayas, estaban prestos. Montaron Joaquín y su nuevo guía, y como el ansia de Joaquín llegó en seguida á la punzante espuela, partieron ambos veloces por la senda polvorienta.

Waikatomi quedóselos mirando mientras la vista pudo seguirles; luego volvióse pausado, emprendiendo otra vez el rumbo á las montañas donde los maoríes han nacido, donde van muriendo y donde muy pronto, con permiso de Dios y mediación de los civilizadores, se habrán extinguido...

.....  
El cielo, entoldado y de fresco ambiente por la mañana, habíase tornado lívido y cárdeno; el aire pesaba ya...

—¿Amo...?

—¿Qué quieres...?

—Sería prudente acogerse á poblado.

—No.

—La tormenta está encima.

—No importa. Tengo prisa.

—¿Tú no conoces aquí la tempestad...?

—La conozco, pero tengo prisa.

—¿No le temes al rayo?

—Le temo, pero más aún temo á la distancia que me separa de lo que busco.

—¿Qué buscas tú, amo?

—El amor.

—¿De una mujer...? Pues no espolees más, que á cualquier hora que llegues, llegarás á tu hora.

—No. Sigamos.

—Piensa que la tempestad es más segura y el rayo más certero.

—No importa; sigue, sigue...

—Los caballos se espantarán si truena...

—Mejor. Correrán más.

—Y podemos morir...

—Dime dónde no podemos morir, y allí me quedo. ¡Sigamos! ¡Sigamos...!

—Lo que tú mandes, amo.

Y siguieron.

Gruesas gotas caían ya. La atmósfera, completamente cerrada por nubes negras y con el vaho de la tierra haciéndola irrespirable, denotaba la tremenda lucha que iba á entablarse.

Los dos hombres se envolvieron en sus gruesas mantas de campo; los caballos, jadeantes por la apresurada caminata, tendían el cuello fatigados, y con las narices levantadas y las fosas enrojecidas, respiraban ansiosos las emanaciones húmedas que del cercano mar traían las ráfagas de viento.

Y así anduvieron un rato más, hasta llegar á un grupo de chozas.

—¡Amo...!

—¿Qué quieres?

—De aquí no paso.

—Yo sí.

Algunos indígenas, asomados á las puertas, les gritaban: ¡haeremai, ¡haeremai!, que á un tiempo es saludo é invitación, animándoles á refugiarse en sus chozas.

—¡Ven!, ¡ven! ¡Haeremai, ¡haeremai...!

—¿No los oyes, amo?

—¡Necesito llegar!

—¡Pero es locura! ¡Aguarda á que el cielo se calme!

—Será de noche entonces y no querrás marchar.

—¡Refugiémonos, amo! ¡No desafíes el poder de las visiones infernales!

—Quédate si te espanta.

—¿Y tú?

—Yo, continúo.

—¿A pie?

—No, á caballo.

—¡El caballo es mío!

—Mío. Hasta que llegue á Anckland, te lo he alquilado.

—Pero, ¡qué afán tienes tan ciego, amo!

—Me dijeron que hay un buque en el puerto. Puede zarpar de madrugada, y es menester que llegue para embarcarme.

—Llegaremos, te lo prometo.

—No. En el fuerte, á la guardia, dejaré tu caballo. Recógelo mañana.

—Pero, ¿qué genio malo te atormenta...?

—¡Es el amor que me llama, es el amor que muere sin mí...! No puedo detenerme. Perdona, hermano...

Y aguijó el caballo y partió á escape tendido.  
—¡Amo, amo...!—gritaba desesperado el pobre guía.

—¡Haeremai, haeremai!—le decían á voces desde las chozas.

Y el agua á torrentes y las nubes á truenos y á rayos, y los hombres á voces, acompañaron un instante al férreo sonido de los cascos batiendo rápidos los guijarros del sendero.

Después, en la obscura sombra de la tarde, hecha noche por la tempestad, no se oyó más que el airado choque del agua y el rugiente bramar del trueno...

### III

El vapor estaba allí, pero no zarparía hasta dentro de dos días. Consumido de impaciencia y de ansia febril, que templara antes la agitada y presurosa marcha, pero que ahora, inactivo, sentía desbordarse por su cansado cuerpo, enseñoreándose del alma como dueño y señor de sus pensamientos todos, Joaquín miraba las tranquilas ondas de la bahía de Anckland, una de las varias que forman la entrada del golfo Hauraki en el archipiélago neozelandés. Aquellas ondas le trajeron esperanzado, entusiasta, decidido á la conquista de lo que él en su pobreza consideraba como una fortuna, y aquellas mismas ondas le llevarían con un pequeño capital ganado ya. En cambio, volvía desasosegado, inquieto, temeroso de aquel fantasma que al otro lado de los mares se erguía amenazador sobre la salud y la vida de lo único que amaba en este mundo.

E imaginándose que el pavoroso espectro, que

el Espíritu Pálido pudiera vencer á la enferma de amor antes que el amor llegara á confortarla, sentía correr por sus nervios el angustiado y frío temblor que causa lo irremediable.

Y maldecía de la distancia, maldecía del lento vapor que no acababa sus preparativos de marcha, maldecía de los hombres que no se apenaban con el penar de otro hombre, y en su ánimo contristado todo eran sufrimientos, impaciencias, maldiciones...

Ensimismado en sus propias amarguras, no advirtió que alguien se acercaba, hasta que una palmada vigorosa le hizo brincar, arrancándole de la vida imaginativa para traerle á la realidad de la vida.

—Joaquín, hombre, ¿no quieres ver á los amigos?

Era el sobrecargo del vapor costero en que hizo su viaje de arribada.

—Perdone, señor Hugard; no miraba...

—Pues mira. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

—¿Y de libras esterlinas?

—Bien.

—Me alegro. No te buscaba, porque maldito sea yo, si mis pensamientos iban por tu borda; pero ya que te encuentro, como sé que tú eres un bravo mozo, te convido á beber un poco de Wisky.

—Gracias; no bebo.

—¿Que no bebes...?

—No, señor.

—¡Y, sin embargo, eres un bravo mozo...!

Y el señor Hugard lo dijo con la infinita tristeza del que descubre un lamentable defecto en una persona á quien se aprecia.

—Pongamos que no bebes, pues; pero hablar, sí hablarás, ¿eh?

—Poco...

—Pues escucha. El señor Stugars, el armador mío, ha montado aquí una fábrica de aserrar maderas. El negocio es muy hermoso y los sueldos muy grandes. Anda tras de un capataz que sea honrado y listo: de listos ya tiene un puñado...; de honrados aun no se mostró ninguno. ¿Quieres tú hacerte rico en media docena de años...?

—No.

—¡El sueldo es de quinientas libras, muchacho!

—Aunque sea.

—Y en toda expedición el veinte por ciento de las ganancias. Si yo no ganara otro tanto, ya estaba pidiendo el puesto de rodillas.

—No puedo, señor Hugard. Es forzoso que vuelva á mi tierra.

—¿Enfermo?

—No.

—¿Rico?

—No.

—¿Cansado?

—No.

—Y entonces...

—¡Es que en mi tierra se muere una mujer!

—Déjala. A la tierra irá.

—¡Es que se muere por mí!

—Una enfermedad que yo no sospechaba. Quizá te equivoques tú.

—¡No, señor! ¡Se muere, se consume, se acaba de mal de amor y de ausencia! ¡Y si no voy pronto, no llegaré á verla viva...!

—¿Tú crees en las mujeres...?

—¡Creo!

- ¿Y no bebes...?  
 —No bebo.  
 —Allá tú. Pero, en mi sentido, te engañas en las dos cosas...  
 —No lo tome usted á desprecio... ¡Es que yo mismo padezco de ese mal...!  
 —Bueno, bueno...  
 —Y si quiere usted favorecerme, un favor me puede usted hacer.  
 —Dilo.  
 —¿Conoce usted al capitán del *Schawik*?  
 —Sí.  
 —Háblele por mí.  
 —¡Andandol  
 Y sin más palabra, echaron hacia la escalera del muelle; un bote les llevó al costado del *Schawik*.  
 —¡Salud, mi capitán!  
 —¡Hola, Hugard! ¿A quién traes?  
 —A un español.  
 El capitán le miró de arriba abajo.  
 —¿Español...? ¿Qué más...?  
 —Enfermo de mal de amor.  
 —¿Qué es eso?  
 —Enamorado.  
 —Llévale á buscar mujeres.  
 —No quiere más que á una.  
 —Pues dile que no sea tonto.  
 —Ya se lo he dicho.  
 —Pues podéis largaros los dos.  
 —¡Espera, hombre! Es mi amigo y desea ir en tu barco.  
 —¿De qué...?  
 Como el capitán le miraba, Joaquín contestó:  
 —De cualquier cosa.  
 —¿Qué sabes hacer?

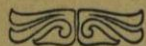
- Todo.  
 —¿No será mucho...?  
 —Y no sabiendo de nada, para barrer los suelos ó echar paladas de carbón, ya serviré.  
 —Tú lo que pretendes es viajar de balde...  
 —No.  
 —¿No...?  
 —No, señor. Quiero viajar y ganar.  
 —¿Cuánto?  
 —Lo que den.  
 —¿Eres callado?  
 —Sí.  
 —¿Eres sufrido?  
 —No, porque sufriendo voy.  
 —¿Te mareas?  
 Joaquín no pudo contener una sonrisa desdeñosa.  
 —Eso en el mar lo veremos.  
 —En el mar estás.  
 —No. El Océano Pacífico es un río.  
 —¿Y á qué llamas tú mar...?  
 —Al mío. Al Cantábrico, al que tiene olas como montañas y bravuras como un gigante, y nieblas como sudarios...  
 —Quédate en el barco.  
 —Gracias.  
 —Ganarás lo que valgas. Ya dispondré de ti. Y ahora, señor Hugard, que está usted complacido, beberemos una botellita de Jamaica.  
 —A falta de Wisky...  
 —Y que le den una copa á este mozo...  
 —No bebe.  
 —¿Que no bebe...?  
 —No, señor.  
 —No bebe y padece de mal de amor...  
 —Es lástima, muchacho. Si no tuvieras este

vicio y tuvieras el otro, llegarías á ser un hombre de provecho.

Y mirándole compasivo, no sé si por el vicio que tenía ó por el vicio que le faltaba, el capitán se encogió de hombros filosóficamente. Luego llamó con un gesto al contramaestre y, ya con el acento severo é imperativo del superior, le dijo:

—Jonás... Llévese este hombre y empléelo en algo. Si para algo sirve, deme cuenta; si no, prescinda usted de hablarme de él hasta que arribemos á puerto.

Joaquín saludó ya con respeto. Era el jefe ya: la disciplina rigurosa é inflexible, que sólo al mar se tributa y que sólo el mar se merece...



## CAPITULO IV

### EL DOLOR DE LA AUSENCIA...

#### I

**A** l hombro un palo y en el palo un hatillo con la ropa. Bien ceñida á la cintura la oculta tira de cuero con las relucientes libras esterlinas, palpadas de vez en cuando y muchas veces al cabo del día, para persuadirse de que no le abandonaba su tesoro, ¡y hala camino arriba por la montaña, para bajar luego al valle...!

Temblaba de gozo y de espanto. Dentro de una hora, de menos, que el paso se hacía más firme á medida que la distancia se acortaba, la vería...

Y á la sola evocación, al conjuro mágico de aquella presencia de la mujer idolatrada, se enardecía el alma y le mitigaba el cansancio.

Verdad que por ella sacrificara la fortuna, la suerte, el bienestar futuro; verdad que por ella corriera peligros y afrontara sinsabores y humillaciones...; pero, ¿qué suponía todo ante el alborear dichoso de aquella felicidad que se acercaba...?

—¡Soy yo..., yo..., que vuelvo, que traigo el amor y la salud y la dicha...! ¡Soy yo...!

Y fingiendo ya en alta voz la conversación que iba á tener con María Antonia, Joaquín deliraba de alegría y de contento.

¿Cómo la encontraría...? ¿Consumida, devorada de fiebre y de pena, flaca, macilenta..., desfigurada tal vez...?

Pero, ¿qué importaba...? La salud venía con él y volvería á ella, y de nuevo tornaría á ser la moza garrida y sana y arrogante que en un tiempo fuera; que esos milagros y más hace el divino amor para curar de la amorosa pena.

El ansia de llegar, el afán de ver, la dulzura de oír, todo separado y todo junto en la esperanza contemplación de su María Antonia, le hacían vibrar el corazón con tal descompasado impulso, que más parecía punzada que latido.

Y, llegó ya, á sí mismo se culpaba por la mortal torpeza de no haber llegado antes. Si María Antonia no se salvaba, si moría, él era el matador; él y la ausencia eran los verdugos... Y, al pensarlo, se entristecía y se le nublaban los ojos, como si ya una mano piadosa quisiera ocultarle, con el lloroso velo, la falídica visión del Espíritu Pálido.

Por el camino iba encontrando grupos de aldeanos con sus trajes domingueros, en que copian burdamente las modas señoriles, complaciéndose en apartar de sí las alegres y clásicas tocas del país, para caer en la monótona y enojosa uniformidad de las grandes ciudades. Todos llevaban la misma dirección, hacia el mismo lugar iban todos, y, á medida que los adelantaba en su marcha más presurosa, oía otra vez el mismo pastoral saludo:

—Buenos días...

—Buenos días dé Dios y la Virgen...

Y con estas solas frases, amorosas en el sonido y dulces en el acento, revivían potentes los aromas todos de la patria y de la tierra.

Y caminaba más ligero, más ligero, más ligero siempre. Al fin llegó.

Al volver el recodo de la montaña, cortada á pico, y encontrarse de lleno con el embravecido mar, la playa desierta y el grupo de casas, entre las que estaba la habitada por Blas y su hija, el corazón, aquel corazón que brincaba de esperanzas, quedósele de súbito parado, y, á pesar de todos sus afanes, tuvo que detenerse un instante para que la respiración volviera á darle aliento y fuerza, y el corazón, aquel corazón que brincaba de esperanzas, volviera á latir esperanzado...

Lento, pausado, con la eterna duración de los segundos que se cuentan, Joaquín fué acercándose á la casa...

Cerrada la puerta; cerradas las ventanas...

Llamó. Y volvió á llamar.

Y llamó de nuevo, golpeando los tableros con frenético empuje de sus lastimados puños. Y nadie respondía...

Y entonces sintió que al corazón, aquel corazón que brincaba de contento hacía unos minutos, le llegaba como una ola del mar, destrozadora y amarga; como un vaho cálido y ponzoñoso...

Y pensó en el Espíritu Pálido. Y con mortal congoja se cubrieron las sienes de sudor frío, y tembló su cuerpo todo en invencible sacudida de espanto...

—¡María Antonia! ¡María Antonia!...

Y como si el silencio le hablara de sombríos presentimientos, confirmados ya, volvió á lan-



zar sobre la puerta su robusto brazo en descompuestos golpes, gritando desesperado:

—¡María Antonia! ¡María! ¡María! ¡María Antoniaaaa...!

Asomóse una vieja en la casa inmediata.

—¿Qué le pasa, señor?

—¿No vive aquí el señor Blas?

—Vive.

—¿Y su hija?

—Vive, sí, señor. Los dos viven aquí; pero lo van en Santa Margarita, que le hay romería.

Joaquín echó á correr, mientras la vieja, espantada, seguía gritando:

—Pero ¿qué le pasa, hombre...? ¿Qué le pasa...?

Adivinaba una historia, una noticia interesante para las comadres, y no creía decente que se marchara sin contarla. Que tuviera penas, bueno; pero que las contara...

Es probable que ella no se las aliviara; pero, al menos, le quedaba el gusto de ser la primera en referirlas. Por haberle informado del paradero del señor Blas, bien merecía conocer el secreto.

Y, refunfuñando y gruñendo, cerró la ventana.

—Qué poco galanes son los hombres de hoy... No eran así en mis mocedades... ¡Válgame el Señor y su Santísima Madre, lo que cambian los días...!

Y tenía razón. Los hombres no eran así antes.

Verdad que tampoco lo era ella.

Que era moza y garrida... y hoy... ¡Válgame Dios y su Santísima Madre, cómo mudan los tiempos...!

## II

En el soto, bajo los espléndidos y añosos castaños, celebrábase la tradicional romería, mezcla exótica de creencias religiosas y costumbres paganas. El santo, y la devoción que le tienen, es el pretexto para reunirse los romeros; pero, una vez reunidos, suele hacerse casi todo—y algunos hacen todo—, menos rezarle.

Si el santo agradece aquella congregación de fieles, ha de verse muy apurado en sus celestes recomendaciones. Suponiendo que la fiesta se celebrase en honor del Diablo, no sé qué más diabluras harían los devotos...

Y es que la gente va alegre y la alegría acaba siempre en pecado.

Salvo en los casos en que ya por el pecado empiecen...

En dos ó tres leguas á la redonda no quedaba mozo ni viejo, ni vieja ni moza, excepto los impedidos ó los enfermos, que no acudiesen á contarle al santo sus cuitas y que no procurasen, interin que el santo las aliviaba, ir las aliviando ellos con unas horas de jolgorio.

Joaquín, desviándose del soto, en donde se aglomeraba el gentío bullidor y retozón, siguió vereda arriba hasta la capilla.

Aquellos gritos, aquellas carcajadas, aquel sonar tristón de la gaita y aquel clamoreo ruidoso de los bailarines, dominado á trechos por el eco estridente de algún cornetín desafinado, le causaba hondo malestar, como si en todo el bullicio hubiera una burla y una ofensa á los hondos pesares de un hombre que venía de muy lejos buscando á una mujer, consumida de pena, que

á los pies de la venerada imagen imploraba por el ausente.

Pero, de pronto, quedóse sobrecogido de aterrador desmayo...

Allí mismo, á pocos pasos, estaba María Antonia. La amada, la amante, la elegida... estaba allí.

Allí estaba María Antonia, la que penaba de amor y se devoraba de ausencias; la triste, la desconsolada, la que el Espíritu Pálido había escogido, señalándola con la raya negra de los que no van á vivir...

Pero allí estaba María Antonia, rebosando de vida y de salud y de contento... Las mejillas encendidas, los ojos fulguradores, el busto espléndido y provocativo, marcando en su ceñido traje las arrogantes curvas de su adorable cuerpo juvenil, y los menudos pies siguiendo rápidos y acompasados el fatigoso esfuerzo de un pobre gaitero que intentaba estérilmente arrancar de su gaita, majestuosa y melancólica, los insólitos acordes de una muiñeira disfrazada de mazurca.

Allí estaba... pero no estaba allí. No era ella... era otra ya.

Y Joaquín, aterrado, inmóvil, silencioso, sintió que por su alma caía, destrozándola cruelmente, la ilusión de su vida. Le pareció que alguien, implacable y sañudo, había alzado el dolor como si fuera una ciclópea maza y con ella se recreaba en ir aplastando indiferente los ensueños y los amores que por el alma iba encontrando.

Así caían, con fragoroso estrépito, desde lo alto de las montañas por los barrancos inaccesibles, aquellos pinos corpulentos que el hacha de Joaquín había cortado.

Ellos cayeron; él caía. Era su turno: ese turno

fatal de la existencia, que, inexorablemente, ha de cumplirse. Y se resignó.

Vino á consolar una pena, y la pena no existía. ¿Para qué vino entonces?

Y preguntándose á sí mismo, tristemente se alejó de aquellos lugares con la calmosa sangre fría del que marcha hacia un punto adonde le es igual llegar pronto, ó llegar tarde, ó no llegar.

Marchaba cabizbajo, sonriendo, con la absurda pasividad de todo el que recibe una sacudida moral enorme é inesperada y en los primeros momentos no acierta á darse cuenta.

Y por una extraña remembranza de sus pensamientos, por esa lógica misteriosa que encadena y enlaza los hechos triviales á los hechos horribles sólo por la circunstancia de haberse nos presentado á la par, Joaquín llevaba en su oído, destacados y precisos y sonoros, los acordes de la gaita que acompañaba en su baile á María Antonia.

E inconsciente, sin percatarse de que lo hacía, Joaquín caminaba vereda abajo tarareando aquella mazurca que el pobre gaitero no supo darle aire distinto de su clásica muiñeira.

Y unas mozas, que en la vereda se cruzaron con Joaquín, le dijeron al oírle cantar:

—¡Contento vas, hombre!

Joaquín las miró descóncertado.

Ellas siguieron. El siguió también; y con rabia, con ira, enojado consigo mismo, tornó á tararear más fuerte su mazurca amuñeirada.

